

do los principios del desarrollo sostenible.

La bibliografía es amplia y actualizada, como corresponde a la abundancia de las referencias que se incluyen en el texto, tanto en el marco empírico, teórico y metodológico, como en los

análisis comparativos de datos de diferentes estudios. Este es otro de los muchos motivos por los que la obra de Margarita Latiesa es ya un clásico y dará que hablar.

(Teresa Rojo López)

**ÁLVARO RODRÍGUEZ DÍAZ:** *Los lugares sociales del deporte*, Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla, 2001.

Seguramente, nada más escuchar la palabra deporte lo primero que nos venga a la cabeza es su carácter de espectáculo. Ya nadie escapa a su omnímoda presencia, mediática y cotidiana. Algunos también nos recordarán que el deporte lo realizan deportistas. Tal vez podríamos pensar que el deporte es una entretenida actividad en la que unos ejercen y otros miran, o se miran en su proyección. Proyección espectacular y especular, que sigue una lógica inmutable de representación social desde el otrora circo romano. O acaso, el «neo olimpismo» de Coubertain ¿no disfrazó al gladiador de héroe?

Pero de nada de esto nos hablará Álvaro. Nos hablará con su penetrante mirada del deporte como acción social. Los Lugares Sociales del Deporte resulta un ilustrativo ejemplo de la potencia de la sociología. Comienza olvidando las categorías de deportista y de público, elimina la apariencia de la relación social para así llegar al fondo de ella, a su prístina esencia. Se pregunta antes que nada por los sentidos de la práctica deportiva, por la condición social del deporte. Así aparecen dos elementos fundamentales y funda-

cionales: el deporte consume espacios y el deporte no existe sin organizaciones. Es casi un ejercicio de categorías puras «a lo Simmel».

Álvaro, infatigable, recorrerá barrios y barriadas, e irá tomando nota de cómo todos esos espacios, en apariencia vacíos, descampados sin urbanizar o técnicamente llamados suelo urbanizable, ya son urbanos. Han sido rápidamente apropiados y diferenciados con unos discretos «hitos-puerta» que emulan porterías, con unas pequeñas piedras que emulan gradas y con unas personas que corren y chillan, y con otras que aunque no corren también chillan y aplauden. Unos y otros no emulan nada: interactúan «deportivamente».

Pero Álvaro no sólo mirará sino que también preguntará, hablará y, sobre todo, escuchará. No es casual lo que allí está sucediendo, es premeditado. Hay quienes han venido de lejos; así lo demuestra un improvisado aparcamiento. Al aproximarse, oírás que una madre le dice a otra que ella ha traído a tres en su coche, y que la próxima semana lo hará su vecina. Un padre se le acercará y le venderá un boleto para una rifa que Álvaro comprará y que más tarde leerá musitando «qué interesante». Es en beneficio del club «sportathleticorecreativo» con un sello de la Asociación de Vecinos de

«Nomadejado»... aprovechará y hablarán del ayuntamiento, de los proyectos prometidos, soñados, incumplidos... acabarán hablando de política. Alguien ha colocado unas hojas de periódico, emulando una almohadilla, en las que se lee: «Hispalis Olímpica 2012...»

Nada a ha escapado a la mirada de nuestro sociólogo. Días más tarde comenzará un trabajo sistemático para localizar todas las instalaciones deportivas de Sevilla y se interesará por sus modos de organización y gestión asociativas, por su historia. Una intrahistoria que acabará siendo la misma que la del barrio. Llegará a la conclusión de que una de las primeras reivindicaciones de toda asociación vecinal es la dotación de equipamientos deportivos, y que muchas de las instalaciones existentes se han erigido sobre emulados campos preexistentes. Resulta sintomático que la primera y seminal aspiración de una asociación sea la de obtener un espacio deportivo - apropiado o dotado. El hecho es que «el coliseo» sea la máxima representación y ostentación de su poder como organización vecinal, y su tarjeta de presentación ante el ayuntamiento y ante las otras asociaciones.

Y así, poco a poco, la reflexión se va complejizando y aunque el autor lo evita nos encontramos ante un ejemplo perfecto del funcionamiento autopoiético de los sistemas sociales. La infancia y la juventud se convierten en la bandera iniciática de la preocupación de estas asociaciones. La organización encuentra su capacidad en el lema del «deporte contra la droga», etiqueta sintética y políticamente correcta, eufemismo con el que señalan la situación de paro, de marginación, de desamparo... de su propio barrio. La asociación se proyecta así, para fundarse en

su potencial reproducción. A partir de ahí se establece la función, como dirían los clásicos, o más precisamente el sistema se diferencia del entorno y se dirige al entorno:

*«Lo que quiero es que ellos [el ayuntamiento] nos apoyen porque hago bien-estar y en sí para nosotros, y en sí para ellos. Nosotros recogemos una serie de niños. Queremos algo a cambio»* (pág. 37).

Resulta ejemplificador el hecho de que mientras algunas asociaciones han desarrollado auténticas prácticas de colonización del espacio, para conseguir las dotaciones deportivas, en otros casos, en que la iniciativa parte del Ayuntamiento éstas instalaciones acaben sin utilizarse y en franco deterioro. Ello muestra que los jugadores, la organización, es anterior al campo, a las instalaciones. Los jugadores sin campo acabarán teniendo campo, mientras que el campo -la dotación planificada urbanísticamente- sin jugadores acabará desapareciendo.

El análisis es rico y detallista y el lector podrá descubrir cómo funcionan los clubs deportivos, sus relaciones, sus escisiones, aprenderá mucho de micropolítica, de sociología de la vida cotidiana, de urbanismo... Es un libro altamente recomendable para técnicos, gestores pero también para amantes de la buena sociología.

Y ciertamente, el profesor Rodríguez Díaz ha tenido una buena formación en torno a dos figuras de la mejor heterodoxa sociología española: Mario Gaviria y Josechu Vicente-Mazariegos. Del primero aprendió el oficio del sociólogo en zapatillas, el de la mirada cotidiana y próxima. Del segundo, la sustancia antropológica y la naturaleza histórica de la acción social.

Pero no piense el lector que todo está escrito en este opúsculo de rápida y entretenida lectura. Falta mucho. Al fin y al cabo el deporte no es sólo fútbol y yo al menos me he quedado con el sabor amargo de no haber asistido a otros fenómenos que también hacen que el deporte sea un lugar social. Qué ocurre con el «squash», con las urbanizaciones cerradas y sus pistas de tenis que marcan la excelencia del conjunto residencial y distinguen a sus moradores. ¿No hay también en Sevilla descampados en los que van apareciendo agujeritos y banderitas simulando un green? Estoy seguro de que sí. Y es que en el deporte también podemos observar nuestro empeño de hacernos socialmente diferentes. Perdonaremos también que la bibliografía referente a la distinción de género en los usos deportivos, no sea precisamente de género... al fin y al cabo no son ni los niños ni las niñas quienes hacen distinciones de género, sino las propias asociaciones, y sus padres y madres.

Pero sin duda este trabajo, que no es ni mucho menos inicial, sino fruto de una larga y pausada trayectoria de un investigador hecho y derecho, continuará, o al menos eso esperamos. Y así deseamos que la obra prosiga y que pronto tengamos otro texto para leer, e ilustrarnos y deleitarnos. Y esperemos que para entonces el Instituto de Deportes cambie la edición y utilice un formato menos inhóspito, en cuanto a su tamaño y tipos, y desde luego sin papel «couché», que todo hay que decirlo; utiliza mucho aditivo en su confección, y ni el Guadalquivir ni los presentes estamos ya para esos trotes.

Sirvan estas líneas para dar a conocer y animar, a quienes les gusta disfrutar de la sociología penetrante, a que busquen este libro de edición reducida e inaccesible pero, a diferencia de otros presentes en todas las estanterías, hecho desde una sociología tan originaria como original.

(Luis Camarero)